

LA CAPILLA SIXTINA DEL PALEOLÍTICO

La cueva de Altamira es uno de los hallazgos arqueológicos más fascinantes de nuestra historia, el primer lugar en el mundo en el que se identificó la existencia de pintura rupestre del Paleolítico.

EVA MILLET, PERIODISTA

Papá, mira, bueyes!”. Con esta escueta frase, María Sanz de Sautuola, una niña cántabra de nueve años, informó a su padre, Marcelino, de uno de los hallazgos arqueológicos más trascendentes de España. Lo que vio María aquel día de 1879 en el techo de la cueva que exploraba con su padre fueron una exquisitas pinturas con 14.000 años de antigüedad. Las figuras de aquella cueva, próxima al prado de Altamira, no eran bueyes, sino bisontes, pero estos grandes bóvidos habían desaparecido hacía tiempo de aquellos lares, así que María los relacionó con los animales que pastaban plácidamente en los campos en torno a su casa. Los Sanz de Sautuola vivían en la localidad cercana de Puente San Miguel, en una casona rodeada de un gran jardín donde don Marcelino, apasionado de la botánica, cultivaba especies procedentes de diversos lugares del mundo. Licenciado en Derecho, Marcelino Sanz de Sautuola era un hombre culto de finales de siglo XIX: amante de la entomología, la

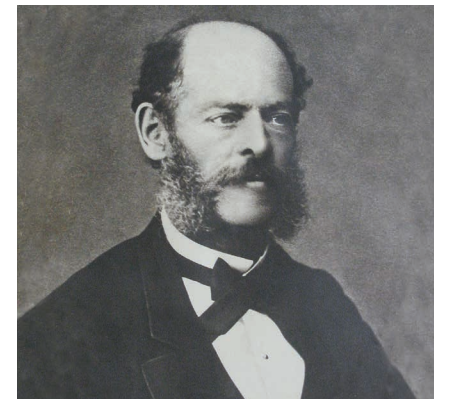
geología y las cuestiones agropecuarias, fue el que introdujo en la región el *Eucalyptus globulus* de Oceanía, que hoy conforma espesos bosques en la zona. De posición desahogada, el padre de María (su única hija) y bisabuelo del banquero Emilio Bortín también era vicepresidente de la Comisión de Monumentos Artísticos e Históricos de la provincia de Santander y miembro de la Academia de Historia. Sautuola, en definitiva, era la persona idónea a la que acudir cuando Modesto Cubillas decidió dar a conocer su hallazgo. Había sido algunos años antes, hacia 1868. Este vecino de la zona descubrió por casualidad la cueva de Altamira. Cubillas, un artesano de tejas y ladrillos que de vez en cuando hacía trabajos en la finca de don Marcelino, había salido a cazar con su perro. Durante aquella expedición, el animal se metió en la cueva y Modesto fue tras él.

Milenios en la sombra

Él y su perro fueron, seguramente, los primeros en adentrarse en un recinto del que, hace 14.000 años, un grupo de hombres,



REPRESENTACIÓN de un bisonte del Magdaleniense en la cueva de Altamira. © MNCIA-P. Saura.



FOTOGRAFÍA de Marcelino Sanz de Sautuola. © MNCIA. ABAJO, su hija María. © MNCIA.



mujeres y niños marcharon por razones desconocidas. Dejaron tras de sí, como detalla el historiador José A. Lasheras, “algunos instrumentos rotos, ya inútiles o simplemente olvidados, un sinfín de restos de alimentación (huesos de animales y conchas de moluscos marinos, principalmente) y, consecuencia de sus hogares, un montón de cenizas y carbones esparcidos por todo el gran espacio vestibular junto a la boca”. Explica Lasheras, director del Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, que también quedaban “las pinturas y grabados que salpican la cueva y tanto nos interesan..., pero no sabemos si tenían intención de volver a verlas”. De hecho, “no sabemos si tenían intención de volver a habitar el lugar”. Lo que sí se sabe es que, después de esta misteriosa marcha, un derrumbe producido por causas naturales (acontecido, se calcula, hace 13.000 años) cegó el acceso a la gruta. La cueva está situada en el monte de Vispieres, en la parte alta de una suave ladera a unos 160 metros sobre el nivel del mar. Por ello, después del de-

rumbe, la lluvia que se escurría desde la ladera formó una especie de placa de estalagmitas sobre las piedras caídas que cerró por completo la cavidad. Aislada del exterior, la gruta protegió los restos dejados por sus últimos moradores.

Se cree que el resquebrajamiento de aquel sello natural se produjo debido a las extracciones de piedra con explosivos realizadas en el área a mediados del siglo XIX. Gracias a ello, Modesto Cubillas pudo adentrarse en pos de su perro en la caverna e intuir que allí había algo importante. Cubillas, quien siempre reivindicó ser el descubridor de Altamira (incluso llegó a pedir una recompensa al rey Alfonso XII), informó unos años más tarde de su hallazgo al vecino más prestigioso de la zona, don Marcelino, que visitó la cueva por primera vez en 1875. En aquella incursión inicial, Sautuola recorrió íntegramente la caverna, que mide 270 metros de longitud. Cuenta Lasheras que en su galería más profunda, por la que tuvo que arrastrarse para avanzar, “observó algunos raros dibujos negros, a los que no prestó mucha atención” en ese momento.

El primer estudioso

Eran otros tiempos, muy distintos de los de la inmediatez actual, así que Sautuola no realizó las primeras excavaciones en el lugar hasta 1879. Un año antes había estado en la Exposición Universal de París, donde quedó deslumbrado “por las numerosas y curiosísimas colecciones de objetos prehistóricos que tuve el gusto de contemplar”, escribió. Muchos de los objetos ex-



EL IMPRESIONANTE Gran Techo de la cueva de Altamira. © MNCIA-D. Rodríguez.

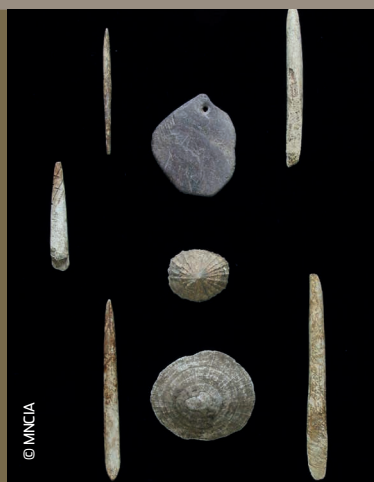
hibidos habían sido excavados en cuevas del sur de Francia, lo que espoleó a Sautuola a emprender sus propias investigaciones, no solo en Altamira, sino también en otras grutas de la zona.

En Altamira, realizó sus primeros trabajos en el área más próxima a la entrada, donde se ubican los yacimientos de las principales ocupaciones paleolíticas: la de la época Gravetiense final (22.000 años), la Solutrense (de hace entre 21.000 y 17.000 años) y la Magdaleniense (entre 17.000 y 11.000). Cuando su hija María le reveló los “bueyes”, en una sala perpendicular al vestíbulo que hoy se llama el Gran Techo, Sautuola supo que estaba ante algo trascendente. También intuyó, acertadamente, que iba a ser difícil que el descubrimiento fuera aceptado de forma unánime por la comunidad científica.

En 1880 Sautuola publicó *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*. Tras el discretísimo título del folleto, el autor exponía primero, siempre de forma impecable, los hallazgos en una cueva del municipio de Camargo, antes de pasar al descubrimiento del arte rupestre de Altamira. De esta última describía los restos que correspondían a la ocupación humana (instrumentos de piedra y hueso, adornos, colorantes y restos de alimentación), para dar paso después al análisis de las sorprendentes pinturas, atribuyendo “a todo el conjunto y a sus autores un gran mérito artístico”, señala Lasheras. Sautuola terminaba relacionando las pinturas con otros objetos de arte prehistórico y asignaba una co-

LAS REVELACIONES DE ALTAMIRA

Los sucesivos trabajos arqueológicos en el yacimiento, situado en la zona cercana a la entrada actual, han ampliado exponencialmente nuestros conocimientos sobre la vida y el arte en la Altamira paleolítica.



© MNCIA

c 1868 EL ARTESANO MODESTO Cubillas descubre la cueva. En 1875, Sautuola, a quien Cubillas comunica el hallazgo, realiza su primera visita. Las primeras excavaciones las emprende en 1879, en el curso de las cuales su hija topa con las famosas pinturas. En 1880, Sautuola publica *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*, donde describe el hallazgo de instrumentos de hueso y piedra, adornos, colorantes y restos de alimentación e informa sobre la inexistencia de cerámica. A la izquierda, piezas halladas por Sautuola.

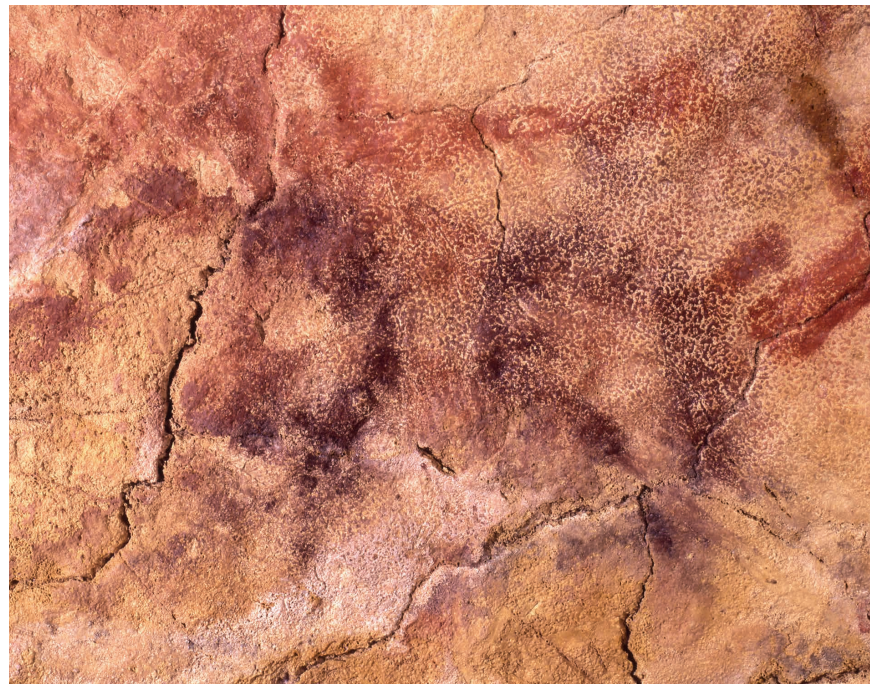
1903 TRAS CONOCER A Émile Cartailhac y al abate Breuil, Hermilio Alcalde del Río excavó en la cueva. Describió en ella dos niveles: el inferior y más antiguo, del Solutrense (hace en torno a 18.500 años) y el superior, más reciente, del Magdaleniense (entre 14.000 y 15.600). En el primero encontró útiles de piedra, entre ellos, un gran número de puntas de sílex talladas (a la dcha.). De los restos de fauna se deduce que la presencia de ciervos, caballos y bisontes en la zona era abundante. Del nivel Magdaleniense sorprende la escasez de industria lítica, que parece sustituirse por la realizada sobre asta y hueso. También hay cambios en la dieta: se descubren restos de peces y conchas de lapas y bigáros.



© MNCIA

1924-25 LOS TRABAJOS DE Hugo Obermaier, geólogo y arqueólogo, confirman la secuencia cronológica descrita por Alcalde del Río. Este experto alemán trabajó también en los alrededores de la cueva, donde recogió algunos útiles del Paleolítico Inferior (más antiguos que los restos del interior).

1980 JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY y Leslie Gordon Freeman excavaron en el vestíbulo de la cueva en el nivel Magdaleniense.



REPRESENTACIÓN de unas manos en negativo en la cueva de Altamira. © MNCIA-P. Saura.

recta cronología paleolítica tanto para los restos como para las pinturas.

Un artista exquisito

En Altamira, las representaciones pictóricas se extienden prácticamente por toda la cueva, pero, sin duda, las más conocidas son las pinturas del Gran Techo: un recinto con una bóveda de 18 m de largo por 9 de ancho y una altura original de entre 1,10 y 1,90 m. En la que se ha dicho es “la Capilla Sixtina del Paleolítico”, todos los grabados y pinturas están en el techo. Uno

de sus aspectos más sorprendentes es el tamaño de las figuras, ya que algunas superan los dos metros de longitud.

Se distinguen dos conjuntos artísticos principales, uno a cada lado. En el derecho constan las representaciones más antiguas: grandes caballos de color rojo, de entre 1,50 y 1,80 m de longitud; una mano en positivo y dos en negativo; y varias series de puntos. Se calcula que su realización se data en el período gravetiense-solutrense del yacimiento. En esta zona existen otras representaciones realizadas con

posterioridad, como unos grabados entre los que destaca la figura de un ciervo bramando y algunas cabezas de cápridos y cérvidos de gran belleza.

Pero es en el lado izquierdo de la sala donde se encuentran las representaciones más célebres de la cueva de Altamira. Se trata de 25 grandes figuras, entre ellas, las imágenes de bisontes que María Sanz de Sautuola confundió con bueyes. Las representaciones de bisontes europeos (*Bison priscus*), 21 en total, miden entre 1,25 y 1,70 m de longitud y están acompañadas de otras no menos impresionantes figuras: dos caballos de tamaño similar, una cierva de más de dos metros y la cabeza de un uro (*Bos primigenius*), o toro del Paleolítico, animal que se extinguió en Europa en el siglo XVIII.

Como aclara el Museo de Altamira, la calificación de “policromos” que se da al conjunto es inexacta. Los expertos señalan que en la realización de las figuras solo se utilizaron dos pigmentos: el negro del carbón y óxido de hierro, rojo o pardo, aplicados directamente o disueltos en agua. La impresión de policromía viene dada por las tonalidades de la propia roca. Ello no resta mérito a la compleja ejecución de un artista que, además, aprovechó los salientes naturales y las grietas para dar volumen o para dibujar el contorno de las figuras. Gracias a los modernos medios de datación, la realización de este segundo conjunto se ha podido situar entre hace 13.940 y 14.710 años, en una etapa del Magdaliense que coincide con lo que la arqueología denomina el apogeo de las “bandas de cazado-

res”. Estos grupos humanos fueron los últimos moradores de Altamira. Con su alimentación principalmente basada en la caza, poseían un alto nivel en el trabajo de la piedra y del hueso, además de unas manifestaciones artísticas excepcionales.

El arte es un patrimonio exclusivo de nuestra especie, *Homo sapiens*, la única dotada de unas capacidades neurobiológicas que hacen posible la creación simbólica. En Altamira, el Gran Techo asombra tanto por su antigüedad como por su sofisticación y cuidadosa planificación. “El artista, solo

o con sus ayudantes, se prepara para el trabajo, escudriña el techo y analiza las posibilidades del relieve”, indica el Museo de Altamira. De rodillas o agachado en algunos puntos, en una postura incómoda, tras colocar en el suelo y la pared varias lámparas con tuétano para iluminar, armado de buriles, lápices de carbón y pigmento, el artista comenzó primero a grabar la silueta, de forma concienzuda, incluyendo detalles como el pelo y la joroba. Después, dibujó en negro el contorno: cuernos, orejas, ojos... A continuación,

se rellenaron de pigmento las figuras, matizando la intensidad de este según las zonas y creando así la asombrosa sensación de claroscuro. El aprovechamiento del relieve del techo completa la obra, que adquiere un aspecto escultórico.

En la cueva existe otra destacable zona con pinturas, la Galería Final, situada en la parte más profunda. Se trata de un corredor de casi 17 metros de largo y en cuyas paredes se dibujaron o grabaron algunas de las pinturas más misteriosas del lugar. Destacan los signos cuadrangulares pintados con carbón, llamados tectiformes, que Sautuola percibió en aquella primera exploración en 1875, así como grabados de ciervos, caballos y bisontes. También pueden contemplarse varias “máscaras”, realizadas aprovechando las aristas de la roca, y a cuyos lados se pintaron trazos simulando ojos y narices.

Según el experto en arte rupestre Jean Clottes, estas imágenes sugieren mucho más de lo que realmente sabemos. “Los artistas utilizaron unas pocas líneas para transformar formas naturales en rostros fantasmales cuando se miran de frente”, indica. “En muchos casos, es difícil determinar si son humanas o animales. O ambos. Esta ambigüedad es seguramente intencionada”. Hasta la fecha se han documen-



SIGNOS hallados en la Galería Final (© MNCIA-P. Saura). A LA IZQDA., cierva (© MNCIA-P. Saura).

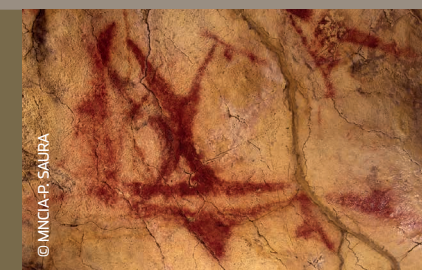
EL ARTISTA APROVECHA EL RELIEVE DEL TECHO PARA COMPLETAR LA OBRA, QUE ADQUIERE UN ASPECTO ESCULTÓRICO



2006 CON LOS TRABAJOS de documentación de la estratigrafía y nuevas técnicas de datación, el Museo de Altamira identificó ocho niveles de ocupación: del Magdalenense medio al Gravetiense (hace 22.000 años). Ello demostró que Altamira estuvo ocupada 4.000 años más de lo que se pensaba. El hallazgo del nivel del Gravetiense permitió contextualizar una fase del arte caracterizada por grandes caballos pintados en rojo, manos y otras figuras. A la izqda., toma de muestras.



2008-2010 EL MUSEO DE ALTAMIRA excavó parcialmente el yacimiento exterior (a la izqda.) bajo el área desplomada que mantuvo la cueva oculta durante milenios. Destaca el descubrimiento de un objeto singular: un omóplato en el que aparece grabada una cabeza de cierva. Objetos similares encontrados en otras cuevas de la zona pueden aludir, en palabras de José A. Lasheras, “a una comunidad cultural regional”.



2012 EL NUEVO SISTEMA de datación por series de uranio ha permitido situar un signo pintado en rojo de la Sala de los Policromos (arriba) 36.160 años antes del presente, lo que lo lleva al período Auriñaciense, del que no se había localizado nada en el yacimiento.



EL REY ALFONSO XIII se deja retratar entre estalactitas en Altamira, década de 1920. © MNCIA.



UNA SALA del Museo de Altamira. © MNCIA. A LA DCHA., visita al interior de la Neocueva. © MNCIA.

tado nueve rostros de este tipo en este pasaje, donde muere la cueva. Su datación la ubica, junto a los signos cuadrangulares, en el Magdaleniense inferior, una de las últimas culturas del Paleolítico.

El rechazo inicial

Hace tiempo que Altamira, Patrimonio de la Humanidad desde 1985, está considerada una obra cumbre del arte no solo prehistórico, sino universal. Sin embargo, fue precisamente la enorme calidad artística del hallazgo la que suscitó la perplejidad y desconfianza de la comunidad científica ante su revelación. Fueron muy pocos los arqueólogos, dominados entonces por la escuela francesa, que aceptaron la autenticidad del hallazgo. Sanz de Sautuola llegó incluso a ser acusado de falsificador: “Por ignorancia, prudencia o desconfianza,

el primer arte de la humanidad tardó en ser reconocido”, observa Lasheras. En concreto, más de dos decenios. No fue hasta 1902, veintidós años después de la publicación del librito de Sanz de Sautuola, que el prestigioso arqueólogo francés Émile Cartailhac publicó el artículo titulado “La grotte d’Altamira, Espagne. ‘Mea culpa’ d’un sceptique”. En él, Cartailhac, uno de padres del estudio del arte rupestre y hasta entonces detractor de Altamira, rectificó públicamente su error, rindiéndose al tesón de su colega cántabro. Lamentablemente, don Marcelino había fallecido en 1888, así que Cartailhac tuvo que disculparse ante su hija María cuando visitó la cueva aquel 1902. El cambio de opinión de Cartailhac fue debido al descubrimiento, en dos cuevas del sur Francia (Pair non Pair y La Mouthe), de otros gra-

bados y pinturas del Paleolítico. A partir de aquel *mea culpa*, la cueva de Altamira adquirió reconocimiento internacional. El propio Cartailhac, junto con otro importante arqueólogo de la época, el abate Henri Breuil, publicó el primer gran libro sobre el yacimiento, tras obtener financiación del príncipe Alberto I de Mónaco para realizar las reproducciones de las pinturas. Desde entonces, el número de visitantes no dejó de crecer año tras año, en paralelo a sucesivas campañas arqueológicas.

¿Exhibir o conservar?

Desde los inicios hubo que destacar el esfuerzo del ayuntamiento de Santillana del Mar, primer responsable del yacimiento, en su protección. El consistorio colocó una verja de hierro en la entrada, nombró guías y dictó una serie de normas para las visitas.



UNA REAPERTURA CONTROLADA

Cinco afortunados a la semana pueden ver la cueva original

TRAS AÑOS CERRADA al público, la cueva de Altamira volvió a ser visitable en enero de 2014. Bajo la supervisión del Patronato del Museo, se mantiene un régimen de acceso controlado y limitado. Consiste en una visita a la semana para cinco personas, de 37 minutos, bajo un estricto protocolo de indumentaria e ilu-

minación, y con un recorrido y tiempos de permanencia definidos para cada zona de la cueva. Estas visitas se realizan a partir de una selección aleatoria entre las personas que se encuentren en el museo (abajo) el día establecido (en principio, todos los viernes). Más información en <http://museodealtamira.mcu.es>



© MNCIA

ras, sin olvidar que la construcción de muros, caminos e instalaciones eléctricas en el entorno contribuyó a desestabilizar los parámetros ambientales de la cueva. En 1977 se tomó la decisión de cerrar Altamira al público, y dos años después el gobierno español asumió la propiedad de la misma. En 1982 se determinó reabrir Altamira, pero solo de forma limitada: para un total de 8.500 visitantes al año.

La cifra era a todas luces insuficiente ante la demanda del público, pero era incuestionable que una apertura sin restricciones ponía en peligro las pinturas. En 1992, el Ministerio de Cultura puso en marcha un proyecto muy ambicioso que llevaría casi un decenio completar: un nuevo edificio para la sede del museo, que incluiría una réplica de la cueva. Un reproducción facsímil (tridimensional) en el marco de un programa científico y museológico que, además, contribuiría a estimular la economía local. El objetivo no era hacer un sucedáneo, sino una forma accesible e intelectualmente rigurosa de conocer el monumento original y su contexto. La nueva sede del Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira se inauguró en 2001 en un cuidado edificio, obra

del arquitecto cántabro Juan Navarro Baldeweg. En los múltiples espacios del recinto, además de una exposición permanente sobre la época en la que Altamira fue habitada, se encuentra la denominada Neocueva, el facsímil que recupera el aspecto de Altamira hace 14.500 años. Allí se ha reproducido, de una forma exacta, la belleza de las pinturas originales. Entre ellas, esos bisontes que, más de cien años atrás, una niña asombrada confundió inocentemente con sencillos bueyes. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

CLOTTE, Jean. Cave Art. Londres: Phaidon, 2008. En inglés.

LASHERAS, José Antonio (ed.). Redescubrir Altamira. Madrid: Turner, 2003.

GUÍA

VV. AA. Museo de Altamira. Barcelona: Electa Guías Artísticas, 2003.

CLÁSICO

SANZ DE SAUTUOLA, Marcelino. Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander. Santander: Teléfonero Martínez, 1880. Consultable en http://museodealtamira.mcu.es/web/docs/Altamira_fac_espanol.pdf